

turaliza, han llegado ya á ser miradas como fórmulas de estilo que en los documentos públicos sólo se emplean á manera de expresiones de cortesía y de buen parecer. Es ya tan sabido el curso que entre nosotros siguen los negocios relativos á promover alguna mejora, que ya nadie se deja deslumbrar con vanas palabras y pomposas promesas. Salido el decreto que habla de la mejora, adivinase desde luego que uno de sus artículos ha de ser el nombramiento de una comisión compuesta de *personas ilustradas, juiciosas y amantes del bien público*; que en otro artículo se encarga á las mismas que se dediquen con *actividad y celo* al desempeño de su cometido; que en efecto la comisión se reunirá, que comenzará á recoger noticias, á recibir informaciones, instruyendo el oportuno expediente: que hasta se llegará tal vez á extender una memoria que dé conocimiento al gobierno de las diligencias practicadas; pero sábase con no menos certeza, que al fin se atravesará de por medio alguna dificultad, que por ligera que sea, será obstáculo bastante á volver ilusorios los mejores proyectos, á desbaratar los planes más bien concertados, á inutilizar trabajos que quizás costaran largo estudio, dilatada observación y penosas fatigas.

Por esta causa fuera de desear que la clase rica de Cataluña, y especialmente la de Barcelona, no esperase nada de nadie, y acometiese por sí misma la generosa empresa de adoptar aquellas medidas que su deber le dicta y su situación le aconseja. Que no olvide la verdad que otro día le dijimos, y que todavía le repetiremos más de una vez: su deber y su interés le prescriben de consuno la conducta que con respecto á los pobres debe observar: *hacerlos buenos y hacerles bien*. Hacerlos buenos, procurando arraigar en las clases menesterosas la moralidad; y cuando de esta hablamos, entendemos una moralidad sólida, duradera, fundada en los principios religiosos. Hacerles bien, manifestando en su favor un espíritu de desprendimiento, haciendo, cuando la oportunidad se ofrezca, los sacrificios que la caridad reclama y que la naturaleza mis-

ma nos inspira con la compasión excitada en nuestros pechos á la sola vista del infortunio. Ved que el pobre al pensar en vosotros recuerde el socorro que le dispensasteis en la enfermedad, los auxilios que le proporcionasteis para la educación y colocación de sus hijos, que palpe el interés que os tomáis por el trabajador imposibilitado, por el huérfano desvalido, por el anciano á quien se quebrantan las fuerzas, y tarde ó temprano recogeréis el fruto. En el mundo hay ingratos, pero la ingratitud no es la ley de la humanidad. — *J. B.*

UN CRISTIANISMO EXTRAÑO.

Hay en Europa una escuela absurda en sus principios, errónea en sus doctrinas, falaz y seductora en sus apariencias, que se ha propuesto combatir el cristianismo á fuerza de apologías filosóficas, destruirle con incesantes reformas, y disiparle y anonadarle con radicales transformaciones. Habladle de Jesucristo, bienhechor de la humanidad, regenerador de las sociedades, destructor de los antiguos errores, defensor de la dignidad humana, y fundador de un nuevo orden de doctrinas y hechos que han cambiado y mejorado de una manera asombrosa la faz del mundo; y la peregrina escuela os oirá con muestras de adhesión y hasta de respeto, quizás llegará al punto de participar de vuestro entusiasmo, y repetirá las elocuentes palabras que ofreció en homenaje al Hombre Dios el filósofo de Ginebra. Habladle de los beneficios dispensados á la humanidad por el cristianismo, y convendrá en que son indecibles, inmensos; que la gratitud con que le corresponden numerosas generaciones hace ya largos siglos, es un tributo de justicia que no podían negarle: hasta si queréis se os permitirá hablar con elogio de la Iglesia católica, re-

firiéndoos empero á determinadas épocas; y ya que no se os escuche con placer, á lo menos se os dispensará el favor de la tolerancia. Proseguid ponderando los destinos del cristianismo en los siglos venideros, y de la influencia que le está reservada en la suerte de la humanidad: tampoco se rechazarán vuestras esperanzas; antes las veréis acogidas con ardor, y oiréis saludados los nuevos tiempos con fervientes cánticos de alborozadas albricias. Vendrá un día, un afortunado día, en que reinarán señoras en el mundo, la fraternidad y la caridad predicadas por el Hijo del hombre, ese bello pensamiento importado en el mundo por Jesucristo, inoculado por los apóstoles á la sociedad, propagado y arraigado con los sublimes ejemplos de los primeros cristianos, y esterilizado después, notadlo bien, esterilizado después por la superstición y el fanatismo, y explotado en provecho de la ambición, de la corrupción y de la holgazanería. ¿Comprendéis toda la fuerza de estas palabras? ¿sabéis lo que con ellas indican esos filósofos, que á su manera se pretenden cristianos? helo aquí.

Según esa escuela, la humanidad progresa siempre marchando sin desviarse hacia la perfección, que allá en lontananza está envuelta en misteriosos destinos; destinos ignorados de todo el mundo excepto de algunos genios privilegiados á quienes concediera el cielo, en momentos de sublime inspiración, asistir al inefable espectáculo que ha de ofrecer la humanidad, llegado el venturoso siglo en que pluguiere á la Providencia trocar en encantado paraíso esa tierra de infortunio y de miseria. ¿No alcanzáis todavía qué parte pueda caber al cristianismo en el simbólico sistema, y no atináis qué lugar le está reservado allá cuando se descifre el misterioso enigma del porvenir de la humanidad? escuchad y aprended.

El linaje humano que se dirige á su destino por senderos incomprensibles, posee un cierto caudal de civilización que se transmiten fielmente unas á otras las generaciones que pasan y desaparecen. Esa civilización, ese precioso

depósito encierra una idea que lo anima y vivifica, cual es la perfectibilidad, el progreso indefinido, el presentimiento de sus destinos. Si no concebís esas fatídicas palabras dignas de los antiguos oráculos, contentaos con haberlas oído, con haber visto al filósofo semejante á la antigua sibila que con el cabello desordenado, y los ojos desencajados, os clamaba señalando azorada las sombras del pavoroso santuario: *Dios he aquí el Dios; Deus ecce Deus.*

Antes de la venida de Jesucristo se agitaba el humano linaje en busca de una idea grande, de un pensamiento sublime que encerrase y compendiasse lo pasado, descifrara y mejorara lo presente, formulara y fijara el porvenir. Cosa singular! extraordinaria coincidencia! Moisés y Homero, Salomón y Sócrates, todos se afanaban en pos del indicado pensamiento, rebullía en sus cabezas como un mal formado embrión; tenía ya la vida, pero le faltaba el desarrollo competente, porque el género humano no se lo consentía. Las ideas eran tan groseras, las costumbres tan duras y feroces, los pueblos vivían en tanto aislamiento, era tal la imperfección de las diferentes organizaciones sociales, tan extrañas é injustas las condiciones del poder público, tan mal reconocidas y deslindadas las atribuciones del doméstico, tanto, en una palabra, el atraso de la verdadera civilización, que lanzada en medio del mundo la sublime idea, de nadie fuera comprendida, por todos menospreciada y conculcada, verificándose lo de las preciosas perlas arrojadas á los pies de animales inmundos.

La antigua filosofía, á pesar de sus errores, de sus extravagancias, de sus absurdos, y, lo que es todavía más doloroso, de sus infames doctrinas repugnantes á la sana moral, trabajaba, si hemos de creer á la indicada escuela, en la promoción y fomento de los grandes intereses de la humanidad, en la vindicación de los derechos del hombre; preparando así la era venturosa en que la verdad oculta entre las sombras, sólo conocida en tenebrosos conciliábulos, y presentada al pueblo con indescifrables enigmas,

podría salir á la luz del sol, apellidarse con su propio nombre, y pasear triunfante por la faz de la tierra.

Necesitábase empero para la grande obra un hombre extraordinario, que concibiese con viveza y fuerza la idea, que la formulase, que se mostrase él propio como una personificación de la misma, y que antes de descender al sepulcro acertase á cubrirla con misterioso velo que dejando entrever su hermoso resplandor la salvase de la profanación de manos impuras. He aquí el mote del enigma, he aquí el secreto de esa funesta escuela. Según ella, la religión no es más que la filosofía, Jesucristo no es más que un hombre, los dogmas por él establecidos no son más que mudables formas en que se envuelve la verdad, hasta el día en que habiendo progresado bastante el humano linaje sea capaz de contemplarla cara á cara como la vista del águila los rayos del sol.

Desde el momento que en medio del cristianismo se levanta una autoridad, esa autoridad evidentemente instituida por el Divino Fundador, se comete la mayor de las usurpaciones; las herejías que en diferentes sentidos y bajo distintos nombres surgen y se rebelan contra las pretensiones de la Iglesia, son una protesta de la razón contra la fe, de la filosofía contra la religión, de la legitimidad contra la usurpación, de la libertad contra el despotismo. Cuando al cabo de quince siglos alza su voz un fraile apóstata en el corazón de Alemania, y con labio profanado con escandaloso sacrilegio, se llama apóstol del Señor, enviado para convertir á las gentes, para destruir á la *Prostituta de Babilonia*, para echar por el suelo una autoridad reconocida durante quince siglos, ese apóstata, ese seductor, es á los ojos de la funesta escuela un grande hombre, á pesar de todos sus vergonzosos extravíos. Los arrebatos de su cólera no son más que el noble acento de una indignación justa, generosa y santa; sus esfuerzos para derrocar el poder temporal y espiritual del Romano Pontífice corresponden á los vivos y ansiosos deseos que abriga la Europa entera; la adulteración de los dogmas, la destrucción de toda dis-

ciplina, la relajación de costumbres predicada en sus palabras y en sus ejemplos, el vértigo fatal que introduce en Europa en todo lo perteneciente á las más elevadas cuestiones religiosas, sociales y políticas, todo se ensalza con los mayores encomios, todo se pondera como un inmenso beneficio dispensado á la humanidad.

¿Qué importan los dogmas, qué la disciplina, qué la jerarquía? Esto eran formas gastadas en que se hallaba envuelta la idea antigua, primitiva, que servir pudieran quizás allá en otros tiempos, pero que á la sazón era indispensable rasgar con mano osada, dejando que se entretuvieran con los despreciables fragmentos el fanatismo y la ignorancia. Pasan dos siglos, los funestos principios se desenvuelven, se llevan hasta el extremo sus fatales consecuencias, la impiedad se erige en dogma, y arrojada la hipócrita máscara con que se cubriera, niega abiertamente la divinidad de la religión cristiana, declara absurdas sus augustas doctrinas, ridiculiza sus venerables prácticas, y se esfuerza en hacer objeto de befa y escarnio la santidad del sacerdocio. Nada importa todo esto, á los ojos de la escuela que nos está ocupando; la filosofía del siglo xviii con sus errores, con sus blasfemias, con su olvido de la historia, con su odio á todo lo antiguo, con su encarnizamiento contra lo existente, bañada de la sangre que hiciera verter á torrentes en todos los puntos de Europa, goteando todavía sus manos la inocente que derramara con sus puñales y sus cadalsos, esa filosofía que se presentara como reparadora de todos los males de la humanidad, mientras se hallaba reducida á la modesta mansión de un gabinete, que se convirtió en feroz Medea tan pronto como pudo escalar la cumbre del mando, esa filosofía es también un inmenso beneficio dispensado á la sociedad y al individuo. Ella quebrantó las cadenas que aprisionaban el humano pensamiento, ella derribó las barreras que separaban unas clases de otras clases, que defendían la usurpación de las poderosas, que servían para la opresión de los pobres, que monopolizaban en manos de pocos el fruto

del trabajo de todos, que explotaban en beneficio de los goces del fuerte los sudores y las penalidades del débil. Los mayores extravíos, los más grandes excesos, los más horrendos crímenes, todo se excusa, todo se disculpa, con inconcebible indulgencia, en obsequio de la utilidad y grandor de los resultados. Si los filósofos del siglo xviii desconocieron no sólo la verdad, sino el mérito mismo del cristianismo, si negaron que hubiese acarreado ningún género de beneficios á la sociedad, á la familia, al individuo, si le calumniaron de la manera más atroz, si le convirtieron en objeto de mofa con la más indecente impudencia, esto no quita que la escuela filosófico-cristiana los reconozca como sus ilustres progenitores, que les tribute rendidos homenajes, que les obsequie con aquellas muestras de reverencia, de respeto y gratitud, con que los buenos hijos honran á sus padres.

Hemos trazado con rápidas plumadas los rasgos característicos de esa engañosa y funesta escuela, de esa escuela que se ha empeñado en cubrirse con ciertas apariencias de cristianismo, cuando hace ostentosa gala de mostrarse heredera de todas las herejías, de todas las escuelas de impiedad con que ha luchado el cristianismo por espacio de diez y ocho siglos. ¿Queréis conocerla á fondo? ¿queréis una evidente señal de cuáles son sus intenciones? ¿queréis saber el blanco de sus tiros? esa misma escuela que todo lo excusa, todo lo tolera, sólo en un punto se muestra intolerante, en lo relativo á la Iglesia católica. A esta Iglesia no se le concede tregua ni descanso; fortuna si se otorga que á pesar de su superstición, su fanatismo, su corrupción, produjo quizás algunos bienes allá en los siglos bárbaros; pero en llegando á los modernos, en tratando del actual, en hablando del venidero, no mentéis ni catolicismo, ni Iglesia católica tales como los entienden los verdaderos fieles; son nombres gastados que nada expresan, nada significan; sino es algo de repugnante á la causa de la civilización, á los intereses de la humanidad. El cristianismo, el único cristianismo que podrá servir para labrar el siglo

de oro á que se encamina el humano linaje, es ese cristianismo indefinible, fluctuante, aéreo, del modo que le han dejado el examen protestante y el análisis filosófico: ese cristianismo, esa religión inconcebible, que carece de dogma, es decir de doctrinas, que no admite formas exteriores, es decir que no consiente culto, que no necesita ministros que enseñen y practiquen, dado que ella abdica toda enseñanza y no prescribe ninguna práctica.

Ocúltase bajo ese indigesto farrago, bajo ese tejido de absurdos é incoherencias, la más profunda hipocresía: es la impiedad, el indiferentismo, que llevados de un sentimiento egoísta encubren con mentidos velos sus asquerosas formas, y procuran seducir con vanas palabras á los pueblos incautos. Las creencias cristianas están todavía en el corazón de las naciones europeas y de cuantas han participado de su espléndida civilización; hasta los pueblos arrastrados por el cisma y la herejía, y arrojados después en un piélago de errores, de dudas é incertidumbre, conservan en el fondo de su alma el sentimiento cristiano, echan menos la verdad que perdieron en aciago día, y con la Biblia en la mano recorren afanosos y sedientos aquellas páginas divinas, ininteligibles á sus ojos velados con las tinieblas del error. Eso lo ha comprendido la escuela que estamos combatiendo, y ha dicho para sí: «no hostilicemos cara á cara el cristianismo, manifestémonos sus ardientes defensores, no desaprovechemos la dura experiencia que nos ofrece la filosofía del pasado siglo, que por su frenesí anti-cristiano, manifestado de una manera prematura é imprudente, si bien logró deslumbrar por algunos momentos, se atrajo y se está atrayendo cada día más la execración universal; digamos que en el fondo del cristianismo hay verdad, distingamos entre ella y las formas que la cubren, afectemos tanto respeto por aquella como desprecio manifestamos por éstas, inculquemos la necesidad de mudarlas según las circunstancias y los tiempos, hablemos sin cesar de símbolos, de emblemas, de enigmas, de transformaciones, hagamos que en todo interven-

gan los arcanos del porvenir; así confundido y mezclado en inextricable laberinto lo pasado, lo presente y lo futuro, engañaremos á nuestro sabor á los pueblos; y cuando esperen el nuevo cristianismo que cual otro fénix ha de renacer de las cenizas de la pira que nosotros levantamos, se hallarán bastante preparados para recibir sin rodeo, sin disfraz, nuestra enseñanza, que consiste en absoluta abdicación de todo linaje de creencias, en completo escepticismo sobre el origen y los destinos del hombre, en un culto de los intereses materiales, en la divinización del goce, en el entronizamiento del principio de utilidad privada; más breve, en la ruina de toda religión y de toda moral.»

No es menester mucha penetración para conocer lo que se abriga bajo el transparente velo; y descubierta la falsedad hipócrita, deja de ser tan peligrosa para los que aman de veras la sinceridad. Una vez desenmascarada la escuela á que nos referimos, queda evidente su error y su mala fe; y por consiguiente, está juzgada en el tribunal de la sana filosofía. Sin embargo y á pesar de que estas consideraciones podrían dispensarnos de impugnarla, lo haremos á continuación atacando sus dos ideas capitales: primera, la transformación sucesiva que según ella ha experimentado el cristianismo: segunda, la necesidad de que el catolicismo desaparezca por motivo de su supuesta impotencia de satisfacer las necesidades de la generación presente y de las venideras.

Para transformarse una cosa es menester que exista: los aristotélicos admitiendo las formas substanciales suponían una materia prima que las perdía ó adquiría, experimentando de esta suerte las correspondientes mudanzas. Si pues hay en el cristianismo algo que dura al través de los siglos, pero que se transforma, es decir que muda de formas, les preguntaremos á los pretendidos filósofos exigiéndoles que nos respondan categóricamente á la pregunta: ¿en qué consiste eso que permanece y sufre la mudanza de las formas? ¿qué se entiende por estas formas? Conse-

cuentes á sus principios que están en oposición con los dogmas admitidos por la Iglesia católica, nos dirán que esos mismos dogmas no son más que puras formas, que lo son ahora como lo fueron siempre, y que las pretendidas tradiciones no fueron más que la transmisión de los enigmáticos emblemas con que se disfrazara la verdad. Entonces nos han de confesar, que los cristianos de todos los tiempos que no miraron esos dogmas como formas enigmáticas, sino como positivas expresiones de la realidad, fueron ó engañados ó engañadores. Si lo primero, los cristianos no conocieron jamás el cristianismo; si lo segundo, fueron una turba de miserables impostores, á quienes en mala hora dispensáis no merecidos encomios. Léanse todos los documentos modernos y antiguos donde se declara la fe de los cristianos, consúltense los anales de aquellas épocas que tan afectadamente se califican de poseoras de la verdad primitiva; á cada paso se conocerá, se palpará, que los hombres que hablan, que escriben sobre los dogmas, que las generaciones que los profesan, los héroes que por ellos sufren y mueren, todos á una entienden que esos dogmas expresan la verdad, todos miran como horrendo pecado la negación ó la duda, todos se estremece-rían al oír que sus creencias versan sobre cosas sujetas á reformas y mudanzas.

Además, ¿qué son los dogmas de una religión? son sus doctrinas; la que los tiene falsos tiene su enseñanza falsa; y tanto dista de merecer el nombre de religión, que con dificultad podrá vindicar el de escuela. Al menos una escuela se apoya en raciocinios, no finge revelaciones, apellidase hija del entendimiento, no del cielo; si yerra, se equivoca y no engaña: pero una religión falsa es un tejido no sólo de errores sino de imposturas; es un insulto dirigido á un tiempo contra Dios y los hombres, pues que á éstos los engaña abusando sacrílegamente del nombre de la eterna verdad. Ni vale para excusar esa impostura el decir que allí hay alegoría, y que ésta significa, mas no engaña; ¿qué será una alegoría que nadie entiende, de la

cual nadie sospecha que no sea la sencilla exposición de la realidad de las cosas? ¿podrá merecer el título de tal la alegoría que no comprenden ni los ignorantes ni los sabios, ni los enseñados ni los que comunican la enseñanza? Si versa sobre objetos de escasa importancia, si el error de maestros y discípulos se limitase á proposiciones de poca entidad, de ninguna consecuencia, entonces sería menos absurda la suposición que estamos impugnando; pero se trata nada menos que del mismo Dios, de los augustos misterios que, en cuanto al mísero mortal le es dado entender, explican la Divina Naturaleza, las Personas, las relaciones de éstas entre sí; se trata nada menos que del hombre, de su naturaleza, de su origen, de su destino, de sus relaciones con Dios, de los medios que le han sido concedidos para alcanzar su fin; se trata de saber si existe una prevaricación primitiva, si de ella ha participado todo el humano linaje, si en efecto sufrimos ó no la pena de un primer pecado, si hay ó no una degeneración del estado en que Dios nos criara, si la Redención es una verdad, si el Hijo de Dios se dignó descender por nosotros á la tierra para lavar nuestras manchas, rescatarnos con su sangre y abrirnos las puertas del Paraíso: se trata de saber si existen algunos conductos por los cuales se nos comuniquen los tesoros de la gracia de la redención; en una palabra, en los dogmas se encierra lo más grande y más importante que el hombre puede imaginar, lo que más de cerca le interesa, lo que está íntimamente enlazado con su suerte, aquello de que ésta depende, aquello que no nos es dado ignorar, sin ignorar al propio tiempo lo que somos, de dónde venimos, á dónde vamos. Si en esto caben alegorías, si cuanto se propone en las creencias que á tales puntos se refieren puede calificarse de emblemático y simbólico, si nos es dado sospechar que aquí no se encierran más que sublimes mentiras para indicarnos una verdad terrena que el mundo hasta ahora no conoce y que sólo columbran ciertos filósofos; dígame que por espacio de diez y ocho siglos una considerable porción de la humanidad ha sido

victima del más grosero engaño, añádase que todavía lo es; y no se dispensen hipócritas elogios al cristianismo, que en tal caso no fuera más que un conjunto de extravagancias sin objeto, de palabras sin sentido, de enigmas indecifrables, estériles, completamente estériles para producir la verdad. Al error no se añada el amaño, á la falsedad la astucia seductora. Si no creéis en el cristianismo, si os empeñáis en combatirle continuando la impía tarea de la escuela de Voltaire, no digáis por lo menos que os proponéis explicar lo que tan abiertamente negáis, que intentáis perfeccionar lo que deseáis destruir. Entonces si conquistáis alumnos, sabrán al menos á qué atenerse; y desde el momento en que abracen vuestras doctrinas no podrán ignorar que abandonan su fe.

«La moral cristiana, dirán esos filósofos, es lo único que se encuentra verdadero en las doctrinas de la religión; esa moral pura, santa, sublime, es lo único que conviene salvar; no debe á la humanidad pesarle de haber vivido en piadosos errores, si con éstos ha podido adquirir tan inestimable tesoro. Esa moral se aviene con todas las creencias, con todas las organizaciones sociales, con todas las formas políticas; es elevada, ilustrada, tolerante, grande como el mundo, digna de señorearle, digna de reinar sobre la familia, sobre la sociedad, digna de presidir á la resolución de los actuales problemas y de marchar al frente de las generaciones venideras, conduciéndolas al destino que les señalara la Providencia.» Óyense á cada paso estos encomios tributados á la moral cristiana, hasta por los más declarados enemigos del cristianismo; pero ¿son sinceras esas alabanzas? ¿salen del fondo del corazón? ¿No podrían á veces envolver un amaño, procurando adormecer con lisonjas la víctima que se intenta sacrificar? ¿Es verdad que vuestro entusiasmo por la moral del Evangelio sea tanto como afectáis? Si es así, ¿cómo no andan más conformes con ella vuestras doctrinas? vosotros divinizáis la materia, el Evangelio la anonada; vosotros predicáis incesantemente el goce, el Evangelio el sufrimiento y la absti-

nencia; vosotros excusáis todos los extravíos del corazón, el Evangelio ordena circuncidarle con mano severa; vosotros ensalzáis y excitáis el orgullo, el Evangelio prescribe la humildad; vosotros inculcáis como base de la moral el amor propio, el egoísmo, el principio de la utilidad privada, el Evangelio prescribe la abnegación, el desasimiento de los intereses terrenos, el amor de Dios, el del prójimo, el sacrificio por el bien de sus semejantes; vosotros ridiculizáis, ó al menos tacháis de extremado rigor, la virtud sublime que nos hace vivir la vida de ángel, el Evangelio la aconseja como una de las ofrendas más agradables al Señor, como el incienso más puro que alzarse pueda del humano corazón hacia las gradas del trono del Eterno.

¿Qué hay de semejante entre vuestra moral y la del Evangelio? la de éste formaba anacoretas, la vuestra forma sibaritas; la de éste corrigió las costumbres del mundo pagano, la vuestra corrompe las del mundo actual; la de éste desterró el egoísmo para entronizar la caridad, la vuestra protestando una fraternidad estéril, produce en los hombres un horrible aislamiento, levantando en los corazones el mezquino ídolo del interés propio; la de éste organizó la familia, santificó el matrimonio, la vuestra desordena la familia, y relaja ó quebranta el lazo conyugal; donde quiera que ha prevalecido la moral evangélica, se ha verificado un cambio prodigioso, desterrándose la corrupción de entre los fieles; donde se ha introducido vuestra filosofía, han degenerado las costumbres de una manera lastimosa, distinguiéndose en la perversidad, á proporción de lo difundidas que estaban vuestras doctrinas. Ved, contemplad vuestra obra; no os señalaremos un punto obscuro, donde alegar pudierais que no ha penetrado en toda su plenitud el caudal de vuestras luces; no os indicaremos un pueblo bárbaro del que os sea dado decir que en su torpe grosería no comprende el sentido de vuestra enseñanza; queremos que fijéis vuestras miradas sobre la ciudad rica, populosa y floreciente, emporio de las artes y de las cien-

cias, orgullo de una gran nación, capital del mundo civilizado. Hace poco menos de un siglo que vuestra filosofía reina allí con ilimitado imperio, allí vivieron y murieron, allí viven todavía vuestros grandes hombres, allí ha resonado y resuena todavía vuestra voz con más elocuencia, con más seductor acento, que en ningún punto del globo; allí habéis hecho en grande vuestros ensayos, allí lo que no alcanzarais con la persuasión lo conseguisteis con la fuerza de las armas, allí vinieron las guillotinas en apoyo de los argumentos y el estruendo del cañón en sostén del clamoreo de vuestra prensa, allí triunfasteis, y sin embargo, dolor causa decirlo, ¿qué habéis hecho de aquella sociedad? ¿en qué habéis convertido aquel gran pueblo? ¿queréis que levantemos el velo que encubre la ignominia de vuestra obra? no, no lo haremos; contentarémonos con recordar un hecho que no podréis contestarnos, que es público, que depone del modo más concluyente contra vuestros sistemas: en París la tercera parte de los niños que nacen no son de legítimo matrimonio.

Id ahora y predicad la excelencia de vuestra moral, decid si os place que está conforme con la del Evangelio; ¿creéis por ventura que las máximas de la moral se formulan en bandos de policía? ¿que la saludable vigilancia sobre las costumbres se ejerce bastante con los tribunales de corrección? ¿creéis que la civilización es la cultura, que la perfección de las leyes es el adelanto de las artes, que la sensatez y el buen juicio son lo mismo que el progreso de las ciencias, que la pureza de la conducta consiste en la finura de los modales? ¿Creéis que desaparece la corrupción por sólo cubrirla con velos resplandecientes?

No es esto lo que dicta la razón, no es esto lo que enseña la religión cristiana; una y otra nos dicen en alta voz que para reformar el corazón del hombre y conservar en él las mejoras, no bastan reglamentos, no bastan libros, no bastan declamaciones; sino que son necesarios medios vivos y eficaces que penetren en lo interior, que ejerzan directamente su influencia sobre el entendimiento y la

voluntad, que enflaquezcan el ascendiente de las pasiones, que quebranten su impetu y abatan su vuelo! Para conseguir esos efectos son indispensables motivos superiores á los que se encuentran en la esfera terrena, son insuficientes los que se fundan en combinaciones del interés privado, pues desde el momento que éste se entroniza, se concede á las pasiones rienda suelta. La razón y la religión están acordes en que la sana moral y la práctica de la virtud no se oponen al interés propio bien entendido; pero sostienen al mismo tiempo que el ejercicio de la virtud demanda, exige una y mil veces el sacrificio del placer de momento, de la utilidad presente, y tal vez de la utilidad de toda la vida; sostienen que la moral para ser firme, sólida, duradera, á la prueba de los ataques de las pasiones y de la inconstancia de la humana flaqueza, debe arrancar del cielo y dirigirse al cielo; debe fijar sus miradas más allá del sepulcro, debe salir del tiempo y extenderse á la eternidad; no debe limitarse á la estrecha esfera de la criatura, sino levantarse hasta las regiones infinitas donde mora el Criador. Ved si es esta la enseñanza de vuestros libros, si algo tiene de semejante la tendencia de vuestras doctrinas; descendad al examen de vuestros principios, pesad sus consecuencias, dad una mirada á las aplicaciones que de ellas hacéis; jamás habláis sino de la tierra, jamás habláis de los destinos del hombre, sino ciñéndoos á esa vivienda pasajera; habláis siempre del género humano, nunca del Dios que lo crió y que lo llama á sí; y cuando una que otra vez mentáis el nombre del Ser Supremo, si una que otra vez pronunciáis ó escribís Providencia, bien se conoce que tributáis un estéril homenaje á una divinidad que no ve ni oye, que se pasea por las alturas del cielo sin considerar las cosas de la tierra. Si una que otra vez recordáis los destinos del hombre más allá del sepulcro, y la inmortalidad que nos espera en regiones desconocidas, lo hacéis de paso, sólo para hermopear vuestras páginas, para dar realce á vuestra palabra, porque no ignoráis que la tumba, la inmortalidad, la eternidad,

encierran una sublime poesía y esmaltan y realzan cuanto tocan.

La filosofía anti-cristiana divaga perdida por las vanas regiones de la duda y del escepticismo, abrazada con mentidas sombras, brillantes de lejos, negras y repugnantes de cerca: desátese á cada instante de los brazos de una para correr en pos de otra que la deslumbra, y á su turno la engaña. Varía sin cesar, continuamente se transforma, y por lo mismo pretende que todo se transforme y varíe como ella; por esto no conociendo su propia flaqueza, su impotencia para alcanzar la verdad, se levanta desvanecida y orgullosa, se erige en juez de todas las religiones, las prescribe el camino que deben seguir, les indica los escollos que deben evitar, pesa los grados que les quedan de fuerza y de vida, pronostica magistralmente el término de su duración, decide que esta ha muerto ya, que aquella está en agonía, que la una ha menester cierta transformación, que la otra es del todo inútil, que es necesario arrumbarla para que no entorpezca la rápida marcha de los pueblos. Nada hay nuevo debajo del sol, ha dicho con profunda sabiduría el sagrado texto; y no es nueva tampoco esa loca vanidad, ese insoportable orgullo del espíritu humano. También en otro tiempo condenó el cristianismo como absurdo, como criminal, como contrario á las leyes del imperio, como incompatible con el orden público y la existencia de la sociedad, como religión despreciable, envilecedora, propia únicamente de miserables y esclavos; y sin embargo el cristianismo vió disiparse á su presencia las escuelas filosóficas como ligera niebla tocada de los rayos del sol; y se arraigó, y se propagó, y se apoderó del solio de los Césares, y resplandeció en el lábaro de los señores del mundo, y sojuzgó y civilizó á los bárbaros, y triunfó de los árabes y creó la Europa moderna. También en otro tiempo el mismo orgullo con la Biblia en la mano pretendía marcar la caída de la Ciudad eterna, el fin de la Cátedra de San Pedro, con la misma precisión y exactitud con que señalan los astrónomos el momento de un eclipse; y

no obstante esa Cátedra permanece y vive, acatada por numerosos pueblos, y la palabra del Divino Salvador no se encuentra fallida. También en el siglo anterior, en la época de la pujanza filosófica del hombre de Ferney, se pronosticaba con tono de seguridad y de certeza, que estaba por sonar la hora extrema para la *superstición y el fanatismo*: sonó sí una hora terrible, pero no fué más que la hora de persecución, semejante á la que saliera de la urna del Eterno en los tiempos de los Nerones, de los Decios, de los Dioclecianos. Sonó la hora en que Dios quiso probar á la Iglesia como el oro en el crisol, para presentarla más resplandeciente á los ojos de las naciones y sacarla victoriosa y triunfante de las manos de sus enemigos: cubierta de tanta mayor gloria é inspirando interés tanto más vivo, cuanto eran más anchas y profundas las cicatrices recibidas en el terrible combate.—*J. B.*

POLÉMICA RELIGIOSA.

SOLUCIÓN DE LA DIFICULTAD QUE SE OBJETA AL CATOLICISMO
SOBRE LA DOCTRINA QUE NO CONCEDE SALVACIÓN SINO Á LOS
QUE PROFESAN LA RELIGIÓN VERDADERA.

Combatido ya en los números anteriores el escepticismo religioso, y deshecha la dificultad que se objeta á la religión verdadera fundándose en la pretendida imposibilidad de que Dios permita la existencia de tantas otras, vamos ahora á examinar la fuerza de otro argumento que es el Aquiles de todos los incrédulos y escépticos. Sin fe, decimos los católicos, no hay salvación; en no perteneciendo á la Iglesia, nadie puede entrar en el reino de los cielos. Contra estas verdades levantan nuestros adversarios un sentido grito de reprobación, achacándonos que presenta-

mos á Dios como un tirano que erige la ignorancia en crimen, y que se complace en castigar la inocencia con eternos tormentos. En verdad que si semejante cargo no careciese de fundamento, bastaría él solo para derribar y anadar nuestra religión convenciéndola de falsa; dado que no sería posible que fuese verdadera la que adorase un Dios cruel é injusto. La bondad y la justicia son atributos tan esenciales á la divinidad, van de tal modo embebidos en la idea que de ella nos tenemos formada, que quien intente separarlos destruye la idea misma de Dios. Hasta los discípulos de Manes admitiendo dos principios, uno bueno, otro malo, han tributado en cierto modo un homenaje á la verdad arriba indicada, cuando al parecer la contrariaban con su errónea doctrina. Admiten un principio causa de todo mal; pero ¿sabéis por qué? porque no conciben cómo el principio bueno, es decir Dios, puede causar el mal, sea del género que fuere; porque confunden y adulteran las antiguas tradiciones del ángel caído, obstinado en su perversidad, en hacer daño por todos los medios posibles, en oposición, en insensata lucha con un Dios de infinita bondad é inefable amor. Así, cuando los incrédulos llegasen á probarnos que nuestro Dios es injusto y cruel, quedaríamos convictos de no tener ninguno; la religión católica sería falsa por absurda; y como las demás religiones que tributan homenaje á dioses imposibles, sería imposible también por ser atea.

Veamos pues en qué estriba el cargo con que se intenta abrumarnos, examinándolo por partes y sujetándolo á riguroso análisis.

En primer lugar, se nos dice que Dios no puede castigar al inocente, que muchos hombres se encuentran en imposibilidad de conocer la verdad católica, y que por tanto no deben ser condenados por esta falta de conocimiento. Esa dificultad que tan fuerte parece á primera vista, es sin embargo de ningún valor; pues que toda ella estriba en un falso supuesto, atribuyendo á los católicos una doctrina que no profesan, y que antes al contrario les está pro-